

## ASIRIA, PERSIA Y GRECIA

CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS ACERCA DEL IMPERIO DE LOS PERSAS  
Y EL DE LOS GRIEGOS

## I

Duración del imperio de los asirios y del de los persas.—Instituciones políticas de los antiguos persas.—Orígenes de Grecia.—Paralelo de su carácter con el de los orientales.—Atenas y Esparta.—Su historia é instituciones.—Usurpación de Pisistrato.—Causas de la guerra de los persas.—Expediciones de Darío y de Jerjes.—Preeminencia de Atenas.—Siglo de Pericles.—Alcibiades.—Los treinta tiranos.—Retirada de los diez mil.—Agesilao en Asia.—Pacificación de la Grecia.—Darío Codomano.—Alejandro.—Sus conquistas predichas por Daniel.—Sus expediciones.—Derrotas y muerte de Darío.—Alejandro en la India.—Su muerte.—División de su imperio.—Cumplimiento de las profecías de Daniel.

Los profetas habían acabado de predecir, los filósofos comenzaban á discutir, los historiadores á escribir; Dios continuaba en su obra cambiando los tiempos y las edades, arrojando reyes y reinos, suscitando reinos y reyes para mezclar en un conjunto la Europa y el Asia, el Occidente y el Oriente, y preparar el universo al advenimiento de Cristo.

El imperio de Asur ó de Asiria, que había tenido sucesivamente por capital á Babilonia y á Nínive, Nínive y Babilonia había cumplido su tiempo. Desde Nabonasar, que reinaba en la última de estas ciudades setecientos cuarenta y siete años (antes de Jesucristo), hasta Nabonad ó Baltasar, el geógrafo y astrónomo Ptolomeo cuenta diez y ocho reyes con dos interregnos, formando en todo doscientos nueve años, que se terminan en el año quinientos treinta y ocho (antes de Jesucristo). El más famoso de estos reyes fué Nabucodonosor el Grande. Sirvió de vara á la justicia de Dios para castigar las naciones, en particular al pueblo de Israel. Habiendo salido de Babilonia y ya dueño de Oriente, recorrió triunfante, según Megastenes (1), el Egipto, la Libia ó el Africa, España, las Galias, y volvió á entrar en Asia por la Macedonia y la Tracia. Ningun conquistador ha hecho despues de él nada igual; pero en el tiempo predicho la vara se rompió. La dinastía de Nabucodonosor y el imperio de los asirios mueren con sus nietos.

Ciro es llamado de antemano por su nombre para ejecutar la sentencia. Toma á Babilonia, da libertad al pueblo de Israel, y hace reconstruir el templo de Jerusalen.

Ptolomeo cuenta de este modo la sucesión de los reyes de Persia en el imperio universal:

Ciro, nueve años; Cambises, ocho, comprendiendo los seis meses de usurpación del mago Esmerdis; Darío I ó Darío, hijo de Histaspes, treinta y seis; Jerjes, veintiuno; Artajerjes I ó Artajerjes Longimano, cuarenta y uno, comprendiendo en ellos los dos reinados de sus hijos Jerjes II y Sogdiano, que no duraron en junto ocho meses; Darío II ó Darío Noto, diez y nueve; Artajerjes II ó Artajerjes Memnon, cuarenta y seis; Artajerjes Oco ó simplemente Oco, veintiuno; Arogo ó Arsés, dos; Darío III ó Darío Codomano, cuatro; entre todos doscientos siete años, desde 538 hasta el 331 (antes de Jesucristo) (1).

Ciro y el primer Darío cumplieron en particular las predicciones de los profetas sobre Babilonia. Giro la tomó con todas las circunstancias que habían señalado, los profetas. A la muerte de Cambises sacudió el yugo de los persas; pero, á pesar de una desesperada defensa, Darío la volvió á tomar, según ya hemos visto, y la impuso un yugo todavía más duro. Hoy aún se encuentran entre las ruinas de Babilonia ladrillos con caracteres en forma de cuñas ó de clavos, en los que se ha creído reconocer los nombres de Darío y de su hijo Jerjes.

Cambises, Artajerjes Longimano y Artajerjes Oco, cumplieron las predicciones de los profetas sobre Egipto. Habiéndole invadido Cambises le trató duramente, quemó sus templos, destruyó sus ídolos. Se sublevó á la muerte de Jerjes. Su hijo Artajerjes Longimano le subyugó de nuevo. Sublevóse otra vez en tiempo de su sucesor año 414 (antes de Jesucristo), y hasta el 349 tuvo nueve reyes indígenas, al final de cuya época fué otra vez conquistado por Artajerjes Oco. Desde este tiempo hasta nues-

tros días, siguiendo la profecía de Ezequiel, no ha tenido rey ninguno de origen egipcio (1).

Las predicciones de misericordia sobre Israel se cumplieron en Giro, que libró al pueblo de la cautividad de Babilonia, y ordenó la reconstrucción del templo por el primer Darío, que hizo terminar este edificio, y asignó rentas para los sacrificios que querían ofrecerse para él y para sus hijos; por Artajerjes Longimano, que hizo reconstruir las murallas de Jerusalen. De todos los reyes de Persia estos tres son los más elogiados por los autores griegos. El primero tuvo por principal ministro al profeta Daniel; el tercero, Mardoqueo, y por mujer Ester. Los persas elamitas descendían de Sem, por Elam, su primogénito.

Los medos descendían de Jafet, por Madai, su tercer hijo. Estos dos pueblos, limitrofes, habitaban ambos países montañosos. No formaban con frecuencia más que un solo Estado. Los medos aparecían desde luego como la parte dominante, y, al mismo tiempo, como adheridos desde su origen al lujo y á la buena mesa. Los persas, hasta entonces pobres y endurecidos como sus montañas, llegan á ser los más poderosos bajo Giro, y obtienen el imperio universal durante dos siglos.

Entre los medos, la casta ó tribu más célebre eran los magos. A la muerte de Cambises intentaron devolver el poder soberano á los medos. Cambises, ya por envidia, ya creyendo en un sueño, había hecho morir á su hermano Esmerdis. Uno de los magos que tenía el mismo nombre, la misma estatura, y casi un perfecto parecido, dióse á conocer por Esmerdis, hijo de Giro, y subió al trono. Habiendo sido descubierta la superchería por siete de los principales señores persas, le dieron muerte, y con él un gran número de magos. Darío, hijo de Histaspes, uno de los siete, fué proclamado rey.

Entre los persas había doce tribus. La más ilustre eran los pasargadas, que formaban como la alta nobleza de la nación. Los aqueménidas eran la raza real. El nombre del antepasado *Aquemenes* entre los griegos, *Dschemidschid* entre los modernos persas, podría muy bien ser el de *Sem* ó *Schem*.

En un principio, y antes que saliesen de sus montañas, el rey de los persas no era absoluto. Estaba obligado á gobernar según la ley, y de acuerdo con el consejo de los ancianos. Cada vez que Jenofonte habla de este gobierno, hace decir al padre de Giro, el *municipe* ó la *municipalidad* de los persas (2).

Este mismo autor, así como Platon y Herodoto, nos trazan un maravilloso cuadro de la educación entre los persas. Esta educación era pública y duraba toda la vida. Había una plaza llamada plaza de la Libertad, en donde estaba construido el palacio del rey y los palacios de los magistrados. Los mercaderes no podían usar de ella. Esta plaza estaba dividida en cuatro partes: una para los niños, otra para los adolescentes, otra para hombres hechos, y otra, en fin, para los que ha-

bían pasado la edad de llevar las armas. Cada una de estas cuatro clases era dirigida por doce jefes, según el número de las doce tribus. Los niños tenían por jefes á los ancianos ó senadores elegidos entre los que se creía más á propósito para educarles bien; los adolescentes eran dirigidos por los hombres hechos que parecían más capaces para formarles en la virtud; los hombres hechos, por los de su clase, que se juzgaba tenían más capacidad para excitar á los demás á ejecutar bien las órdenes de la autoridad soberana. Los ancianos también, á fin de que ellos cumpliesen igualmente los deberes convenientes á su edad, tenían por superiores á algunos de sus iguales.

Desde la edad de cinco años á la de diez y siete, se dirigían los niños á la hora del alba al lugar que les estaba señalado. Llevaban consigo su comida, que tomaban á una señal de sus maestros; esta comida consistía en pan y berros, llevando también una copa para tomar agua del río cuando tenían sed. Aprendían á tirar el arco, á lanzar el venablo. Se les enseñaba principalmente la justicia, la modestia, la obediencia, la templanza, así como á decir la verdad. Lo que se castigaba más severamente era la mentira y la ingratitud.

Para los hijos del rey se tomaba todavía más cuidado. Elegíanse, para instruirles, los cuatro hombres más virtuosos y más sabios de la nación.

De diez y siete á veintisiete años era la clase de los adolescentes. Continuaban los ejercicios de la clase precedente; pero pasaban también la noche á la puerta de los magistrados y del rey, empleados ya en hacer la guardia, ya en ejecutar ciertas comisiones que exigen vigor y celeridad, como la busca de malhechores y la persecución de bandidos. Con frecuencia el rey llevaba una parte de ellos á caza, como un aprendizaje de la guerra, á fin de habituarles á la fatiga y á los peligros. Fuera de la caza que mataban en estas ocasiones, no tenían otro alimento que el de los niños, solamente que la cantidad era mayor.

Despues de los veintisiete años, se pasaba á la clase de los hombres hechos. Del mismo modo que los adolescentes, estaban á las órdenes de los magistrados. En la guerra constituían la parte principal del ejército. De este orden se sacaban los magistrados, excepto los que presidían la educación de los niños.

Al cabo de veinticinco años, y cuando tenían más de cincuenta, pasaban á la clase de los que se llamaban ancianos y que lo eran realmente. Estos tenían el privilegio de no llevar las armas fuera de su patria; permanecían en ella para decidir los negocios públicos y los de los particulares. Condenaban también á muerte, y eran también los que elegían todos los magistrados. Cuando un hombre hecho ó adolescente era denunciado por el jefe de su tribu ó por otro cualquiera, por haber faltado á alguna de las leyes, oían la acusación; si el delito era probado, arrojaban de su clase al que le había cometido, y esta mancha le hacía infame por el resto de su vida.

En la época del nacimiento de Giro contábase en la Persia cerca de ciento veinte mil

(1) Megast., *Apud. Strab.*, lib. 15.

(1) Ptolomeo; *Canon.*, ed. del ab. Halma.

(1) Ezequiel, c. XXX, v. 13.  
(2) Jenof., *Cyrop.*



hombres. Todos nacían con un derecho igual á las cargas y á los honores; todos podían enviar sus hijos á las escuelas públicas, en las cuales se enseñaba la justicia. Los que podían alimentar á los suyos sin hacerles trabajar les enviaban á ellas; los demás les retenían en sus casas. Era necesario haber sido educado en estas escuelas para poder ser admitido en la clase de los adolescentes; el que no había recibido la primera educación era excluido. Los adolescentes que habían hecho su carrera completa y habían cumplido exactamente las obligaciones podían ocupar un puesto entre los hombres de edad madura para compartir con ellos el beneficio de ser promovido á las dignidades; pero los que no habían pasado por las dos primeras clases no podían entrar en la tercera, que conducía, cuando se había vivido sin tacha, á la de los ancianos. Esta estaba compuesta de personajes que habían recorrido sucesivamente todos los grados de la virtud. Tal era entonces la constitución política y moral de los persas.

Jenofonte dice que estaba en todo su vigor en tiempo de Cambises, padre de Ciro, y hasta en el reinado de este (1). Cijares, rey de los medos, para conseguir el auxilio de los persas, envía embajadores al pueblo y á Cambises, su rey. En medio de las victorias de Ciro y mientras que los medos y los demás auxiliares se entregan á los placeres de la mesa, los persas observan su antigua frugalidad; en la mesa del conquistador no se bebe más que agua. La piedad filial se honraba de tal modo entre ellos, que Ciro, vencedor de toda el Asia, de sesenta años de edad, hizo un viaje expreso á la Persia para pedir á sus padres el consentimiento para casarse con la heredera del rey de los medos.

Pero luego que se hicieron dueños del imperio universal y no tuvieron enemigos que les inspiraran miedo, los persas degeneraron de sus antiguas virtudes. El lujo y las costumbres más libres de los medos les contaminaron, y desde entonces vivieron entregados á la sensualidad. Conservaron, sin embargo, algunas de sus antiguas instituciones, pero perdieron el espíritu guerrero que hasta entonces les había animado. Por otra parte, sus instituciones, acomodadas á un pequeño pueblo encerrado entre sus montañas, eran igualmente practicables para un pueblo que era dueño del mundo. Además, el carácter naturalmente generoso, sociable y comunicativo de los persas, les exponía al contagio del mal ejemplo. La corrupción de Babilonia debió de serles funesta. Sábese por Herodoto que aprendieron de los griegos el pecado de sodomía (2). Alejado de vosotros la molice y las sediciones que fomentan en los palacios reales la multitud de eunucos y de mujeres. La mayor parte de los asesinatos que por espacio de dos siglos ensangrentaron la corte persa, fueron cometidos por los eunucos. El eunuco Mitridates entregó á Jerjes I al capitán de sus guardias, que le mató en su lecho é intentó dar muerte á toda su familia para reinar en su lugar. El eunuco Farnaces entregó

(1) Jenofonte, *Ciropeida*.

(2) Herodoto, lib. I, c. 135.

á Jerjes II al puñal de su hermano Sogdiano, que fué asimismo muerto por su hermano Darío Noto. Bagoas, el eunuco favorito de Oco, envenena á su madre, coloca en el trono á Arses, hijo del rey, y hace morir á todos sus otros hermanos; asesina en seguida á Arses, aniquila á toda su familia, le da por sucesor á Darío Codomano, y por último se ve obligado á tomar el veneno que había preparado para deshacerse de Darío.

No obstante estas causas de corrupción y las revoluciones del serrallo, el gobierno de los reyes de Persia, excepción hecha del de Oco, fué generalmente muy benigno para los pueblos. Ellos se gloraban de recompensar con largueza los servicios que se les hacía; entre los extranjeros y los indígenas no había ninguna distinción. Hasta las naciones que sometieron por la fuerza de las armas las trataron con una generosidad nunca vista. Los asirios las exterminaban y las trasladaban á otros países; los persas las dejaban en su país y en sus ciudades con sus costumbres y sus leyes. La misma conducta observaban con los reyes vencidos. Creso, rey de Lidia, desde prisionero de guerra, pasó á ser el amigo y consejero de Ciro y de su hijo Cambises. Los hijos de estos príncipes, á poco que supieran captarse la voluntad de los vencedores, estos les dejaban gobernar en su país casi con las mismas atribuciones de su antigua grandeza. No negaban esta noble generosidad ni aun á aquellos de sus enemigos que les habían causado las mayores derrotas. Así, Temístocles, que había destruido la armada de Jerjes en Salamina, viéndose desterrado de Atenas, á la cual había salvado, se refugió en la corte de Jerjes, quien no solamente no tomó venganza, sino que para protegerle contra el resentimiento de su hermana, cuyos hijos habían perecido en Salamina, le hizo absolver por un tribunal de señores persas, le dió por esposa á una de las primeras damas de su reino, y para atender á la conservación de la vida tres ricas ciudades, donde, según Diodoro de Sicilia, terminó sus días pacíficamente (1). Por último, los reyes de Persia, ni eran extraños ni siquiera indiferentes á las ciencias y á las artes de los griegos. Hemos visto ya con qué política el gran Darío, padre de Jerjes, escribió al filósofo Heráclito para atraerle á su corte á explicar ciertos pasajes difíciles de su *Tratado sobre la naturaleza*. Pero hay más todavía. Sobre el artículo más importante de la Filosofía, el artículo de la Divinidad, los persas y sus reyes estaban más instruidos y eran más filósofos que los griegos. Hemos visto al asirio Nabucodonosor, y veremos á los reyes griegos de Egipto y de Siria, hacerse adorar como dioses y obligar á sus súbditos á que presten adoración á los ídolos; los persas jamás se entregaron á estos excesos. Ellos se hacían adorar al modo oriental, pero era una adoración puramente civil y externa, como soberanos, mas nunca como dioses. Sobre este particular no se lee una sola palabra ni en la Escritura ni en los autores profa-

(1) Diodoro de Sicilia, lib. 11, c. 57 y 58.

nos. Muy lejos de adorar ó de hacer adorar los ídolos contruidos por la mano del hombre, los destruían con verdadero celo religioso, así en Egipto como en Grecia. Este fué el primer agravio de los griegos contra ellos.

Entre los reyes de Persia, Darío Codomano, el último según la cronología, no era el último por su mérito. Pero había llegado el momento en que el imperio del mundo debía pasar á otro pueblo, á los griegos.

Los griegos eran una mezcla de muchas colonias, procedentes las unas de Egipto y otras originarias de la Fenicia y de la Tracia. Los autores tradicionales de su civilización señalan estos tres orígenes. Los egipcios Cécrope y Danao les enseñaron, dicen, las artes de la vida material; el fenicio Cadmo, las letras del alfabeto y los elementos de la literatura: el tracio Orfeo, la poesía religiosa.

En esta mezcla dominaban dos razas: los jonios, cuya ciudad más importante era Atenas, y los dorios, cuya ciudad más célebre era Esparta. Los jonios ó *jaones*, como los llaman Homero y Esquilo, descendían de Javan, cuarto hijo de Jafet. Los indios dan á los griegos el nombre genérico de Javanas. Los espartanos, según la carta de uno de sus reyes al gran sacerdote de los judíos, descendían de Abraham. Los espartanos y los judíos se consideraban como hermanos. Había, pues, entre los griegos, lo mismo que entre los persas y los medos, descendientes de Jafet y descendientes de Sem.

En el siglo quinto, antes de Jesucristo, los griegos ocupaban, no sólo la Grecia propia dicha, si que también la parte inferior de Italia, denominada Gran Grecia, y la Sicilia; en Africa, el país de Cirene; en Asia, las costas del Asia Menor, y por último, las colonias sobre el Mar Negro y hasta sobre el Mar Caspio. Según las indicaciones de Herodoto, puede creerse que extendieron su comercio hasta la China.

Descendientes de origen diverso, emigrados de distintas regiones, habitaban una multitud de islas, penínsulas, costas marítimas, pequeños países interrumpidos por montañas, riberas; los griegos ofrecen un aspecto totalmente distinto de los asiáticos. Hállanse estos como perdidos en un continente tan vasto, que la Europa, comparada con él, parece una provincia; llanuras, montañas, rios, desiertos, Océano, todo es allí inmenso, inmutable, monótono. Esta es la cuna de las grandes monarquías, la patria de poblaciones innumerables, pero estacionarias, inertes, más todavía hoy que hace dos y tres mil años. Entre los griegos, al contrario, se ven estados y gobiernos tan numerosos y variados como sus islas y costas. Monarquías, aristocracias, democracias, todo esto hay allí, y no solamente existe, sino que se estudia, se compara y se combina de mil modos diferentes. Un espíritu activo, curioso, movable, se ocupa continuamente en todo. Divinidad, humanidad, religión, filosofía, gobierno de los Estados, de las familias y de los individuos; palabra, razonamiento, elocuencia, poesía, santidad, belleza, fuerza corporal, pintura, escultura, música, guerra, navegación y comercio, de todo se hacía una ciencia, un arte con sus principios y

con sus reglas. Y todo esto se discutía libremente, ora en las escuelas, ya sobre las plazas ó en la tribuna de las arengas, y hasta en los talleres de los artesanos.

Lo que conservaba una especie de unidad en medio de esta múltiple variedad, tenía un mismo nombre y una misma lengua; el nombre de griegos ó de helenos, en oposición al de bárbaros, nombre que llegó á ser sinónimo de política, de gloria, de patria; la lengua griega, la lengua de Homero, de Hexiodo, de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Menandro, Píndaro, Platon, Aristóteles, Jenofonte, Herodoto, Tucídides y Demóstenes; lengua enriquecida con obras maestras en todos los géneros; lengua eminentemente armoniosa y poética, en la cual los rapsodas cantaban de ciudad en ciudad la *Iliada* y la *Odisea*; es decir, el triunfo de la Grecia sobre el Asia. Añadamos á esto los juegos y las fiestas que reunían frecuentemente á todos los habitantes de una ciudad; pero sobre todo los juegos ístmicos y olímpicos, en los que se reunía toda la Grecia, los atletas se disputaban el premio del salto, de la carrera, del disco, del cesto (manopla de hierro) y del pugilato; donde los vencedores eran coronados por las aclamaciones de todo el pueblo, celebrados con las odas de Píndaro y de Simónides, trasladados en un carro triunfal á su ciudad natal, y sus nombres inscritos en los fastos públicos para servir de título á las épocas de la cronología, llamadas por esto olímpicas. Además de estas asambleas generales de juegos de placer y de gloria, á las que concurría toda la Grecia indistintamente, había dos veces al año asambleas religiosas ó concilios generales, cerca del templo de Delfos, á las que sólo asistían los diputados ó anfitriones.

Atenas era el centro de la civilización, de las letras y de las bellas artes. Fundada, se cree, por el egipcio Cécrope, en tiempo de Moisés, hacia el año 1582 antes de Jesucristo; engrandecida por Teseo hacia el año 1235, algunos años después de Gedeon; reedificada por Temístocles después de haber sido destruida por los persas el año 480; destruida por Sila y reparada por Adriano, asolada por Alarico, aniquilada por los turcos, esta ciudad sale actualmente de sus ruinas para ser la capital del reino de la Grecia. Su primer gobierno fué la monarquía; su primer rey el egipcio Cécrope, á quien sucedieron diez y seis en el espacio de 480 años. El más célebre de todos fué el décimo, Teseo. Pero todo lo que se ha dicho de él es fabuloso, y nos demuestra que en esta época la Grecia no tenía todavía historia. El último fué Codro, que murió en 1070 antes de Jesucristo. A su muerte la monarquía fué abolida y reemplazada por dos presidentes ó arcontes perpétuos, pero sujetos á dar cuenta de su administración; esta magistratura fué hereditaria en la familia del último rey. En 754 se la redujo á diez años, conservándola siempre la familia de Codro. Por último, el año 684, los arcontes fueron anuales; se nombraron nueve, cada uno con sus funciones especiales, y podían ser elegidos todos los ciudadanos. El año 623 los atenienses quisieron tener leyes. Dracon las confeccionó, pero tan severas que no pudieron





ser observadas, y el estado cayó de nuevo en la anarquía. Segunda vez el pueblo pidió leyes y Solon las hizo más suaves en 594, estableciendo un gobierno casi democrático, el cual no sufrió más que pequeñas interrupciones en tiempo de Pisistrato, hacia el año 550, y en la época de los treinta tiranos el año 404. La institución más célebre de Atenas fué el tribunal del Areópago, que conocía en todos los delitos, y se reunía y juzgaba de noche para que no se conmoviera por la presencia del acusador ó del acusado; con este mismo objeto se prescribía á los abogados exponer simplemente los hechos, sin emplear ningún artificio de elocuencia. La fama de su justicia y de su imparcialidad era tal, que de toda la Grecia se apelaba á sus decisiones. Atenas llegó á su más alto grado de gloria en el quinto y cuarto siglo antes de Jesucristo, en el periodo de Ciro á Darío Codomano. Atenas produjo casi á la vez un número considerable de grandes hombres en todos los géneros, hombres de Estado y guerreros, tales como Solon, Milciades, Temístocles, Aristides, Pericles, Alcibiades y Jenofonte; filósofos como Sócrates y Platon; poetas como Esquilo, Sófocles, Eurípides y Menandro; artistas como Fidias, y oradores como Demóstenes, Esquines y Focion.

Al mismo tiempo atraía á su seno los mejores talentos del resto de la Grecia: los poetas Anacreonte y Aristófanes; los filósofos Aristóteles, Teofrasto, Epicuro, Pirron, Diógenes y Zenon. Esta ciudad era el punto de cita de todo lo que había de más civilizado y más espiritual en la más civilizada y espiritual de las razas humanas. También era considerada como la árbitra de la fama y de la gloria. Alejandro exclamaba en el centro de la India al atravesar á nado un gran río, en medio de la noche y de la tempestad: «¿Creeríais ¡oh atenienses! los peligros á que me expongo sólo por obtener vuestra aprobación y vuestros elogios? (1).»

Esparta, por otro nombre Lacedemonia, presentaba algo que era enteramente opuesto á Atenas; era, mejor que una ciudad, un campamento ocupado por un ejército sometido por Licurgo á una disciplina muy severa. La anarquía reinaba en ella mucho tiempo hacia; en el siglo noveno antes de Jesucristo, Licurgo intentó ponerla un límite. A los dos generales ó reyes hereditarios añadió un consejo de veintiocho senadores, dejando siempre al pueblo la decisión suprema. Dos siglos despues, uno de los reyes estableció entre el senado y el pueblo cinco éforos ó inspectores. La ciudad estaba formada de cinco burgos ó pequeñas villas, separadas unas de otras y ocupadas cada cual por una de las cinco tribus; no tenía más murallas ni otra ciudadela que el valor de sus habitantes. Todas las instituciones de Licurgo se encaminaban á inspirarles valor. Dividió el territorio de Esparta, en nueve mil heredades inalienables y el resto de la Laconia en treinta mil. Prohibe á los hombres libres ocuparse en la agricultura, reservando esta ocupación para los esclavos. Los ciudadanos no debían saber más que el ejercicio de las ar-

(1) Plut., Alej., c. LX.

mas y el arte de la guerra. Sus casas, ó mejor, sus cabañas, eran pequeñas; el tejado y el piso se construían solamente con el hacha; las puertas nada más que con la sierra. Establecía pena de muerte contra el que tuviera moneda de oro ó plata: la única moneda espartana era de hierro forjada á fuego y templada en vinagre, para que no pudiera aplicarse á ningún otro uso; moneda tan maciza que para trasportar el valor de diez minas, setecientas cincuenta pesetas próximamente, era necesario una pareja de bueyes. Las comidas estaban ordenadas con la misma austeridad: los hombres las hacían en comun en los edificios públicos, y no comían más que los manjares ordenados por la ley. Ninguna de estas leyes estaba escrita. Licurgo quiso grabarlas en el corazón por medio de la educación. Esta educación principiaba desde antes del nacimiento. Las doncellas, casi desnudas, se ejercitaban en la carrera, la lucha, en el disco y en el venablo, á fin de adquirir una salud más robusta y hacerse más á propósito para su futuro destino de madres. El niño recién nacido apenas estaba en poder de sus padres; el jefe de la tribu le examinaba, y si estaba bien formado, daba orden de alimentarle; si no lo estaba, se le arrojaba en una sima designada para estos casos. A los siete años comenzaba la educación pública, que era un verdadero aprendizaje de obediencia. Divididos en pequeños grupos, los jóvenes caminaban con el pié desnudo y afeitada la cabeza; dormían sobre las cañas que habían arrancado ellos mismos de la ribera; durante el invierno, mezclaban las cañas con una especie de espadana por ser más caliente. A la edad de doce años se les daba un solo vestido para todo el año. Sus juegos eran los combates; sus comidas las preparaban ellos mismos. A este efecto, los mayores robaban la madera, los más pequeños las legumbres y los más hábiles las comidas, hasta de las mesas de los hombres. Al que se le cogía infraganti, se le castigaba, no porque hubiera robado, si que por haber sido poco hábil. En ciertas solemnidades, únicamente para endurecerlos, se les azotaba hasta hacerles derramar sangre, cerca de un altar de Diana; el que daba señales de dolor era deshonrado. En la edad de la adolescencia, uno de sus principales ejercicios era la caza, no sólo la caza de bestias salvajes, sino también la caza de ilotas, que eran los habitantes de la isla de Helos, á la que los lacedemonios habían reducido á esclavitud. En ciertas épocas y por orden de los magistrados, los jóvenes espartanos se repartían armados por las campiñas, se ocultaban durante el día y por la noche mataban á los ilotas que sorprendían fuera de sus casas. Muchas veces no esperaban á que viniera la noche para dar principio á esta caza. Finalmente, el ciudadano de Esparta estaba de tal modo ocupado en los ejercicios militares durante la paz, que la guerra era para él un descanso.

En los combates tenían por máxima no perseguir al enemigo que huía, sino en tanto que era necesario para conseguir la victoria. Tampoco hacían la guerra muchas veces, seguidas á un mismo pueblo, por temor de que apren-



diera á pelear. Sus victorias eran muchas veces crueles; testigo de ello la esclavitud á que sometieron á los ilotas y mesenios. No se permitía á los lacedemonios viajar fuera de Esparta, ni á los extranjeros permanecer mucho tiempo en Esparta ni en gran número. En general, el carácter del espartano tiene algo de feroz, de insociable, y hasta de bárbaro. Sin comercio con los demás pueblos, sabiendo apenas leer, escribir y calcular, jamás el espartano se dedica á ninguna ciencia ni arte. Y Esparta, sin historia, sin anales, sin literatura, nunca produjo un escritor, ni un poeta, ni un artista. Atenas era una academia en la que se enseñaba todo, hasta el arte de la guerra. Esparta fué siempre un cuartel.

Atenas y Esparta fueron siempre rivales: las dos querían dominar en toda la Grecia. Los atenienses eran más amables, más agradables en su trato. No había nada más digno de ver que su ciudad, donde las fiestas y los juegos eran perpetuos, donde el genio, la libertad y las pasiones ofrecían todos los días nuevos espectáculos. Pero su inconstante y desigual conducta desagradaba á sus aliados, y era todavía más insostenible para sus súbditos. La de los lacedemonios era más uniforme, pero muy austera y muy altiva; su dominación era cruel, como su vida. Esparta, por otra parte, se había engrandecido por medio de la guerra, y no pudiendo sostenerse más que haciéndola sin descanso, necesitaba para someterse á ella renunciar á la paz. Cinco siglos despues de Licurgo, ensayó cambiar de carácter y humanizarse un poco; pero no la fué posible sin violar sus leyes constitutivas, preparando de este modo su propia decadencia.

La rivalidad de estas dos ciudades llena casi toda la historia de la Grecia en los siglos quinto y cuarto antes de Jesucristo. Todas las demás ciudades, tan pronto se declaraban en favor de una como de otra. En esta época sólo se ven guerras, treguas, paz, coaliciones y alianzas juradas, que luego se rompián, de nuevo eran juradas, y nuevamente eran rotas. La invasión de los persas suspendió por algún tiempo este movimiento perpetuo; pero inmediatamente despues volvió á continuar. En rigor, Atenas y Esparta querían dominar sin rival; pero las demás ciudades griegas rechazaban siempre la dominación de estas dos ciudades, igualmente que la de los persas.

Ciro había sometido, por medio de sus lugartenientes, á todos los griegos de las costas é islas del Asia Menor, á excepción de los focenses, que emigraron y fundaron á Marsella. Estos griegos del Asia acompañaron á su hijo Cambises á la conquista del Egipto, que también tenía otros griegos por auxiliares. El primer Darío, sucesor de Cambises, extendió su dominación sobre los griegos de Europa, de Tracia y Macedonia, y casi la extendió también sobre todos los demás. En tanto que Ciro bajaba las montañas de Persia para realizar la conquista del Asia, Pisistrato, sobrino de Solon, usurpaba la soberanía de Atenas. Dos veces fué expulsado del poder, pero al fin consiguió reinar treinta y tres años, más bien como padre, que como usurpador. Embelleció la ciu-

dad, hizo florecer las letras y las artes, y fundó una biblioteca pública; fué el primero que presentó á los atenienses los poemas de Homero, y reunió en un cuerpo de doctrina los fragmentos dispersos que cantaban los rapsodas. A su muerte, en 527, dejó dos hijos, Hiparco é Hippias, que le sucedieron. El primero, habiendo insultado á la hermana de Harmodio, fué muerto por él y por su amigo Aristogiton el año 510. Su hermano Hippias cometió algunos actos de venganza, y se vió obligado á huir á los dominios de Darío. El sátrapa del Asia Menor obliga á los atenienses á que llamen á Hippias; pero en vez de atender esta proposición, declaran abiertamente la guerra á los persas, excitan á los jonios para que se subleven, é incendian la ciudad de Sardes. Darío jura vengarse, y envía un numeroso ejército por mar (1). Ciento diez mil hombres que, según Plutarco, habían llegado al Atica, avanzan hasta las llanuras de Maraton. El ateniense Milciades, antes al servicio de Darío, pero entonces de regreso á su patria, les derrota á la cabeza de diez mil atenienses en 490. Los persas dejan en el campo de batalla cerca de seis mil cuatrocientos hombres, según Herodoto, autor contemporáneo (2). Justino, que vivió seis siglos despues, dice que los muertos fueron doscientos mil (3). Se encontró á Hippias en el número de los muertos. Darío prometió vengar esta afrenta á la cabeza de su ejército, todavía más poderoso; pero muere en 485, en medio de los preparativos. Jerjes, su hijo, les acaba. En este tiempo los atenienses condenan á una multa, que no puede pagar, y dejan morir en prisión, á su libertador Milciades; condenan al destierro al compañero de sus armas y de su victoria, á Aristides, apellidado el Justo; pero le vuelven á llamar en 480, cuando saben que Jerjes avanza á la cabeza de un innumerable ejército.

Nunca quizá se han visto tantos hombres reunidos. Al salir del Asia, Jerjes contó en una revista un millon y seiscientos mil infantes, ochenta mil de caballería, mil docientas siete naves, tripuladas por doscientos setenta y siete mil seiscientos hombres; lo que hacía un total de más de dos millones de combatientes. Los pueblos de Europa aumentaron su flota en ciento veinte naves, tripuladas cada una por doscientos treinta soldados, lo que daba un total de veinticuatro mil hombres. Además de la flota, compuesta de triremes, las naves de transporte que llevaban los víveres subían á tres mil. Finalmente, Herodoto, autor contemporáneo, agregando las tropas de Asia á las de Europa, cuando Jerjes llegó por la Tracia y la Macedonia á las Termópilas, encuentra dos millones seiscientos cuarenta y un mil seiscientos diez combatientes, á los cuales cree que hay que añadir un número por lo ménos igual de criados, eunucos, mujeres, mercaderes, y contar un conjunto de cerca de

(1) Plutarco, Milciades.

(2) Herod., lib. 6, núm. 177.

(3) Just., lib. 2, cap. 9.